

La televisión en el mundo

Héctor N. Grandinetti

De regreso tras su gira por Europa y América, nuestro Director comunica aquí a los lectores de **ESTUDIOS** sus impresiones, fruto de una observación directa y atenta, sobre el desarrollo de la televisión en Europa y América, y las características y problemas propios de la TV en cada país.

La sensación que causa la televisión en los grandes ambientes mundiales es algo que impresiona aun al más despreocupado del tema.

Salí de Buenos Aires como el que sale a una aventura. El camino que tenía que recorrer era largo: Londres, París, Holanda, Bélgica, Italia, Madrid... Estados Unidos, La Habana... Las grandes metrópolis se sucedían como avanzadas de industrias y técnicas, agitadas con preocupaciones sociales y con la creciente tensión de las relaciones internacionales y el espectro de la guerra que se planteaba como solución: Canal de Suez, Hungría, Polonia... originaban la mayor de las preocupaciones, y cada país reaccionaba según su propia idiosincracia. Así en Holanda, país pequeño y esforzado, que merced a un esfuerzo realmente heroico

en estos diez años últimos se ha levantado, desde la destrucción total en que la dejó la segunda guerra mundial, a un nivel de vida realmente extraordinario, la sola posibilidad de una nueva catástrofe que volviera a aniquilar todo ese esfuerzo ensombrecía los rostros de todos, en ciudades y pueblos. En París, la nota culminante la daban los periódicos: mientras **L'Humanité** se esforzaba por demostrar que todo lo que ocurría en Hungría y en Suez se debía a los malvados fascistas y capitalistas, y que la URSS acudía en ayuda del pueblo húngaro que quería ser libre, a igual ritmo **Le Figaro** se preocupaba por hacer conocer "el otro lado de las cosas" que callaba **L'Humanité**. Pero tenía que corresponderle a Italia, que no de balde es la risueña y meridional patria de Don Camilo, la nota bu-

llanguera y hasta cómica: allí la situación internacional se reflejaba en animadísimas discusiones callejeras, en affiches coloridos que abrían los ojos del pueblo italiano sobre las bienandanzas del paraíso comunista, y en expresiones como ésta, que leíamos a cada paso en las paredes de Roma: "Comunisti porchi, andate via della Ungheria!"

Pero vengamos ahora a nuestro tema: la televisión.

LA TELEVISION EN EUROPA

Lo que más llama la atención cuando uno llega a Europa es el sentido estatal de la TV. La televisión es un servicio público a la par del teléfono... con la diferencia de que éste funciona durante todas las horas del día y la TV sólo en algunas. El servicio prestado por la TV ha de ser pagado no por los avisos comerciales —¡pues no los hay!— sino por los abonados, que pagan un impuesto por su aparato receptor. En Francia, por ejemplo, la TV es estatal: una sola estación, una sola orientación de los programas.

La sorpresa llega al límite cuando se observa —y es el caso de Francia— edificios montados a todo lujo de detalles: estudios, técnica, equipos, instalaciones de primer orden... que se desaprovechan utilizándose, a lo más, cinco o seis horas diarias. Lo mismo ocurre en Italia: la última palabra en instalaciones se está llevando a cabo en Roma: lo más funcional, lo más moderno... gastos extraordinarios en cadenas con el interior del país, de Milán a Nápoles, salvando dificultades de montañas, tendiendo una red de torres y antenas a través de ellas.

Holanda recién comienza con una estación emisora experimental, también propiedad del Estado. Y es curioso, a este

respecto, observar cómo se aplica a las transmisiones de esta televisora el mismo principio de "repartición proporcional" observado escrupulosamente en otros campos, como por ejemplo, en la enseñanza. Pues, en efecto, habiendo en todo el país casi un 50 por ciento de católicos, y más o menos igual cantidad de protestantes, y una pequeña minoría socialista, nos hallamos con que la TV estatal distribuye proporcionalmente sus horas de programas, asignándoles tantas horas de transmisión a los católicos, a los protestantes, a los socialistas, en proporción al número de sus adeptos. Y con tal equidad que semanalmente se hace rotación de estas horas, de modo que si la mejor hora (de 20 a 21) una semana ha correspondido, por ejemplo, a los católicos, la semana siguiente la tendrán los protestantes.

Pero lo que más llama la atención en Holanda no es la TV, sino la radio. Aquí sí hay libre competencia de particulares, y cada credo tiene su propia estación. Y es realmente asombroso que un país tan pequeño tenga las emisoras radiales que tiene. Queremos referirnos especialmente a la estación católica, la KRO, que es sin exageración la radioemisora mejor montada que he visto en todo el mundo. No hace mucho tiempo, quiso la KRO manifestar a todo el mundo que Europa occidental sigue siendo cristiana. Y al efecto organizó una audición en que intervenían todas las principales ciudades de Europa libre, sincronizadas de una manera extraordinaria: a la hora señalada, entónó Roma el primer versículo del himno **Veni Creator: Veni Creator Spiritus**...; e inmediatamente continuó Madrid: **mentes tuorum visita**...; y así siguieron París, Londres, otras ciudades hasta que el **Amen** final fué dicho por Holanda, desde donde se había dirigido toda la transmisión.

Seguendo con la TV, en Inglaterra hallamos ya un sentido más claro de la situación real, del costo enorme de los programas televisados, y así se ha llegado a comprender la mayor conveniencia de que éstos sean costeados no por el Estado sino por la propaganda comercial. Ya hay así dos estaciones, en lugar de la estación única estatal que hallamos en los demás países europeos. Y es de esperar que éstos tomen nota del ejemplo.

En España hace unos cuatro meses que la TV ha salido de su fase experimental para asumir ya una forma estable, con unas cinco horas diarias de transmisión. Pude asistir a la realización de uno de los programas, y tuve así ocasión de apreciar el esfuerzo improbable de técnicos, productores, programistas y artistas para llevar a cabo la realización de programas tan simples, por un lado, y al mismo tiempo tan artísticos. Ellos mismos son los primeros en asombrarse de que puedan realizar este verdadero "milagro" con medios que diríamos precarios, y con un presupuesto de... ¡cien mil pesetas! que en cualquier otro sitio no alcanzaría ni para comenzar.

En Portugal, último país europeo que visitamos, recién se está instalando una emisora, que no ha alcanzado todavía su etapa experimental, pero que será potente y dotada de los elementos más modernos.

LA TELEVISION EN AMERICA

Ya en mi gira del año pasado tuve ocasión de admirar los progresos de la TV en Estados Unidos, y sobre ello hablé en estas mismas páginas de ESTUDIOS (nº 474, mayo 1956). No repetiré lo que entonces dije respecto a los maravillosos programas, el auge de la TV que ha he-

cho cerrar muchas salas cinematográficas y ha revolucionado la misma industria del cine, etc.

Quiero detenerme ahora en otros aspectos: así en detallar las nuevas instalaciones que la TV ha llevado a cabo en distintas ciudades de América. Como ya había dicho el año anterior, la CBS y la NBC cubren con sus cadenas todo el territorio de los Estados Unidos, de Norte a Sud y de Este a Oeste, con unas trescientas estaciones cada una. Ya tuve ocasión de referirme a esos procedimientos técnicos que permiten salvar los inconvenientes de la diferencia de meridiano entre las costas del Atlántico y las del Pacífico, y hacen ver así, a las 20 hora del Pacífico, el mismo programa que ha sido transmitido a las 20 hora de Nueva York.

Cada año —casi podría decir cada mes— la TV va adquiriendo una modalidad que contribuye a afirmarla como el medio de diversión más eficaz en la vida americana. Así el año pasado me habían llamado la atención la variedad de los programas, la agilidad con que están llevados; la misma rivalidad que existe entre las emisoras obliga a los jefes de producción a aguzar su capacidad y su ingenio en la contratación de artistas y la concepción de nuevos programas. Por ese entonces, recién comenzaba la televisión en colores, que se transmitía apenas una que otra hora en la semana. Pues bien: este año la televisión en colores ya es un hecho común y cotidiano. La NBC transmite todos los días programas en colores. Y, lo que es más importante, se ha logrado resolver lo que constituía un grave problema: la televisión en colores sólo podía ser captada por quienes poseyeran receptores especiales para ella, y esa misma transmisión no podía ser captada por los demás receptores en blanco y negro.

De modo que, sobre ser muy costosa la transmisión, estaba en realidad destinada a un número más bien limitado de receptores. Este año, en cambio, me encuentro con que ese problema ya se ha resuelto, y la misma transmisión que los receptores adaptados para ello captan en colores, los receptores comunes pueden lo mismo captarla en blanco y negro. Indudablemente, la televisión en colores todavía no ha llegado a la perfección que podemos observar en el cine en colores; podemos decir que sus colores son lo que eran hace algunos años los del cine. Pero a este paso no tardará mucho en superar estas dificultades.

Debemos consignar que es extraordinaria la labor que a este respecto desarrolla la RCA. Tuve ocasión de visitar la fábrica de los aparatos para colores. El sistema, sobre todo el de la fijación de los colores en la pantalla, es tan complicado que tiene que pasar por toda una serie de procesos químicos que hacen que todo esto sea lento y costoso. Lo esencial consiste en un elemento realmente vital de las cámaras de televisión, que se llama el *ortikón*. Este es el que da la imagen y la irradia para que sea captada por los receptores. Pues bien: las cámaras comunes, para transmisión en blanco y negro, tiene un solo *ortikón*, mientras que las cámaras para transmisión en colores tienen tres: uno para cada uno de los colores fundamentales: azul, amarillo y rojo. De manera que cada uno de esos *ortikones* envía al aire su propio color. Y la imagen total en colores se reconstruye en el aparato receptor, cuya pantalla posee pigmentos sensibles a cada uno de esos tres colores. Claro que, si el *ortikón* es el elemento más caro de una cámara, y las cámaras comunes cuestan arriba de 15.000 dólares, calcúlese cuánto costará una cámara para transmisión en colores.

Es interesante hacer notar la mutua complementación que existe entre las empresas, como la RCA, y las propias emisoras, como la NBC. Pues ésta, con su cadena, es un verdadero laboratorio experimental para aquella, ya que sus técnicos, en el trabajo cotidiano, prueban los nuevos sistemas, estudian sus deficiencias y sus posibles simplificaciones y perfeccionamientos. Todo ello estimulado por un sistema de retribuciones y premios por las iniciativas útiles, que contribuye a que el progreso en estos aspectos sea constante.

En cuanto a las instalaciones de algunas nuevas estaciones, tuve oportunidad de ver dos emisoras montadas recientemente, una en Lancaster y la otra en Miami. Lo que más me llamó la atención fué observar que, mientras en las ciudades europeas se hacía un alarde arquitectónico en edificios monumentales, con cantidad de estudios y de cámaras, y personal numerosísimo, en cambio en estas estaciones nuevas americanas se veía todo lo contrario: la experiencia de diez años de televisión ha dado a estas nuevas instalaciones el logro de lo funcional para la TV con la máxima simplicidad, el mínimo de personal, reducción de utilerías y hasta de cámaras, obteniendo sin embargo un efecto superior al de toda aquella exuberancia.

De Miami pasé a La Habana, donde debía asistir al Congreso Internacional de la OCIC del que doy cuenta en otra crónica. La Habana es una ciudad hermosa, moderna, con grandes avenidas al estilo americano, edificios magníficos y obras edilicias tales como el túnel bajo la bahía. Tiene un millón de habitantes (y seis millones es la población total de Cuba). Hago resaltar estas cifras porque no deja de sorprender el hecho de que La Habana posee cinco emisoras de tele-

visión. Fui a visitar la más grande, la CMQ. Está en un sitio céntrico, hermoso; ocupa un edificio inmenso, y quedé asombrado al trasponer sus puertas pues jamás pensé encontrar en una ciudad latinoamericana unas instalaciones como éstas, que no sólo en nada tienen que envidiar a las norteamericanas, sino que en algunos aspectos las sobrepasan. Así por ejemplo, mientras en los estudios comunes de EE. UU. no se hace todo el proceso de filmación, laboratorios, etc., sino que recurren para ello a los estudios propiamente cinematográficos, allí en La Habana (precisamente porque no hay, en cambio, grandes estudios cinematográficos) la misma estación televisora tiene todas esas instalaciones y montadas con la mayor perfección. Y por último, otra cosa que quiero hacer resaltar es que, en un país relativamente pequeño, las cinco estaciones viven con holgura y la CMQ alcanza a transmitir diez o doce horas diarias.

Como se ve, es promisorio el desarrollo de la televisión en tierras americanas, y los progresos que en ella se realizan son constantes y nos deparan de año en año nuevas sorpresas, que permiten utilizar cada vez mejor, y en un radio de acción siempre más amplio, esta última conquista entre los medios de difusión modernos.

No deja de plantearse, a esta altura de nuestro relato, la comparación entre ambos sistemas de encarar el problema de la televisión: el estatal, que vimos en Europa, y el de las teleemisoras privadas, de explotación comercial, que hallamos en Estados Unidos, Cuba y América Latina. El cotejo entre los programas de televisión que hemos visto en una y otra parte nos inclinan decididamente por el criterio adoptado en América, pues mientras la televisión única estatal puede fácilmente estancarse, la reñida competencia de varias emisoras privadas hacen que estén continuamente tratando de superarse, de mejorar los programas, de descubrir nuevos valores y nuevas formas de atracción. Algo de esto parece haber comprendido Inglaterra, que como dijimos apunta un cambio en este sentido. pero en la Europa continental es indudablemente el fantasma del comunismo, que siempre está al acecho, lo que vuelve cautelosos a los gobiernos ante la posibilidad de que la televisión, en otras manos que las del Estado, pueda convertirse en vehículo de esta propaganda extremista. Las circunstancias en muchos casos justificarían este temor. Lo cual no obsta a que, en principio, creamos que es mucho más conveniente para todos la libre competencia de las empresas privadas.